

Taily Vargas  
López

*La poesía de Adelaida  
del Mármol en el  
Semanario Cubano  
(1855)*

U

no de los aportes más sobresalientes de Santiago de Cuba a la nación cubana es una tradición literaria que desde el siglo XIX se hizo visible en la publicación de revistas, semanarios y periódicos, encargados de divulgar el acontecer de la intelectualidad santiaguera de entonces. Durante el siglo XIX hubo en la ciudad un ambiente cultural que favoreció la aparición de diferentes publicaciones periódicas; desde 1805 hasta 1900 circuló un total de 178.<sup>1</sup> La mayoría eran periódicos literarios, noticiosos y comerciales que llevaron a la luz pública las creaciones de esos años, tales como: poesía, narrativa, teatro y crítica. Publicaciones como *El Mercurio*, *El Redactor*, *El Álbum*, *El Semanario Cubano*, *Prosa y Verso*, entre otros, constituyen una fuente documental de incalculable valor patrimonial, pues desempeñaron un importante papel como órganos difusores de la literatura tanto nacional como extranjera, y contribuyeron así al desarrollo cultural de la ciudad.

El *Semanario Cubano*, importante publicación del siglo XIX santiaguero, vio la luz el 7 de enero de 1855 tras la circulación de su primer número. Era un periódico ilustrado de literatura,

<sup>1</sup> Cifra que ofrecen los investigadores María de los Ángeles Meriño Fuentes y Carlos Rafael Fleitas Salazar en el Catálogo hemerográfico de Santiago de Cuba en el siglo XIX.

ciencias y arte. Impreso en la Imprenta de la viuda e hijos de Espinal en la calle de la Santísima Trinidad No. 59, y editado por Vicente Justiz desde su surgimiento hasta el mes de marzo de 1855 en que pasa a manos de Enrique Collazo. La publicación, dedicada también al «bello sexo», anuncia su intención desde las primeras páginas:

Os considero, amadas lectoras, contentas y alborozadas con la aparición del *Semanario Cubano*, ese bello libro que tiene hoy la dicha de verse en vuestras delicadas manos y con el cual tan dulces y deliciosos ratos se proponen sus ilustrados directores proporcionaros. Tiempo há que la cultura de nuestra población y el notable desarrollo intelectual entre nosotros demandaban una publicación de ese género, una obra periódica cuyas páginas ofrecieran ricas fuentes de instrucción científica, religiosa, moral y literaria, respondiendo a la avidéz de conocimientos, cada vez mayor, que constituye el primer signo característico de nuestra época.<sup>2</sup>

Asimismo, con locuaces palabras se dirige al público lector femenino, no solo para pedir su atención, sino también para explicar las buenas intenciones de la publicación:

El *Semanario Cubano* que bajo tan buenos auspicios comienza a existir, viene tal vez a inaugurar una época en nuestro país, a ser el representante de nuestra sociedad, un agente eficacísimo de la civilización y justo es por lo tanto, lectoras queridísimas, que lo acojáis siempre, como lo espero con el mismo entusiasmo que saludan hoy su aparición, destinándole un lugar en vuestra biblioteca y haciendo hasta que envidiemos su suerte los hijos de Adán viéndolo convertido en objeto de vuestros codiciados favores. Interesados vivamente por el progreso de nuestra patria, en todos los sentidos pero principalmente en el intelectual y moral.<sup>3</sup>

Entre sus colaboradores figuran destacadas personalidades de la cultura y la literatura santiaguera de la época, entre ellas: Federico García Copley, Pedro Celestino Salcegaran, Juan Bau-

<sup>2</sup> Tomado del primer número del *Semanario Cubano*, del domingo 7 de enero de 1855, p. 7. En todos los ejemplos se ha respetado la ortografía de la época.

<sup>3</sup> Ídem.

tista Sagarra, Luisa Pérez Montes de Oca, Francisco Baralt, Urbano Sánchez Hechavarría, Francisco de Paula Bravo, Francisco María Rubalcaba, Francisco Martínez Betancourt, José María Villafañe, Tristán Medina, José Manuel Aguirre, Adelaida del Mármol, entre otros.

Adelaida del Mármol Ballagas (Holguín, 1838-Santiago de Cuba, 1857), fue una de las principales poetisas románticas cubanas del siglo XIX, conocida también por el seudónimo de Delisa. Se trasladó con su familia, cuando era niña, a Santiago de Cuba y creció al calor de la tierra más caribeña. Publicó en 1857 su libro de poesías *Ecos de mi arpa* en el que se destacó además, su prima Margarita del Mármol en el campo de las traducciones y la poesía. Fue amiga entrañable de la reconocida poetisa Luisa Pérez de Zambrana a quien dedicara el poema «Al conocer a Luisa Pérez»; admiradora además de Heredia, Larra y Zorrilla. Palpitante en su juventud, labró con exquisita sensibilidad su poesía netamente romántica, que aborda temáticas en las que se evidencia su interés por la naturaleza, la amistad, el amor a la vida y a Dios, a quien agradece frecuentemente en sus poemas.

Autora de «El jazmín de mi ventana» y «A mi jilguero», da un vuelco en sus asuntos con «Razones de una poetisa» donde expone con gran diligencia y valentía la desigualdad social de la mujer cuando manifiesta «*Vosotros que murmurais/Sin tener quizás razón/Y á la mujer condenais/Tan solo por que dudais/Que tenga imaginación:/Vosotros que sin conciencia/De vuestra opinion sutil/Decir que saber y ciencia/Son de hombres de experiencia/no del sexo femenino*».<sup>4</sup> Reflejo de la discriminación a la que estaban sometidas las mujeres en el siglo XIX, en este hermoso poema compuesto por trece estrofas de cinco versos cada una, la poetisa manifiesta que una mujer sin abandonar sus quehaceres bien puede pensar en una octava o escribir inspirada una dulce poesía, «*pues, que no impide nada/al alma que el genio asedia*» y dirige un ataque a los hombres al manifestar: «*Estas son las reflexiones/Hombres, que debéis hacer/No injustas acusaciones,/ni dar falsas opiniones/En contra de la muger*».

<sup>4</sup> Esta poesía fue publicada en la *Revista Cubana* en abril de 1857, pero consta al final de la misma una publicación anterior en el mes de marzo; no se especifica dónde.

Su obra aparece recogida en varias antologías, entre ellas: el *Álbum poético y fotográfico de escritoras y poetisas cubanas* escrito en 1868 para la señora Doña Gertrudis Gómez de Avellaneda, de Domitila García de Coronado; *Cuba poética y Florilegio de escritoras cubanas*, de Antonio González Curquejo y *La poesía lírica en Cuba*, recopilación dirigida, prologada y anotada por José Manuel Carbonell y Rivero; pero existe una obra silenciada en las publicaciones periódicas santiagueras del siglo XIX que merece salir a luz en este valioso intento de validar la literatura regional en tanto contribuye a la cristalización de nuestra identidad nacional.

De 86 poesías recogidas en el *Semanario Cubano*, seis pertenecen a la autora en cuestión. Publica desde el primer número y bajo el seudónimo de Delisa<sup>5</sup> un extenso poema dedicado: «A la adorada memoria de mi padre»,<sup>6</sup> que refleja desde el título el sentimentalismo, la sensibilidad ante la muerte de su padre. La pérdida del ser querido que renace en el recuerdo, la melancolía, la tristeza, la nostalgia, son elementos característicos de esta poesía, en la que el sujeto lírico manifiesta la huella imborrable de su padre en su paso por la vida, y así lo expresa en algunos versos: «Huellas dejando de su noble paso/Memorias tiernas que grabadas yacen/así mi padre de sus hechos dignos, deja memoria». Intercede ante Dios pidiendo un «premio debido» al hombre que fue justo y modelo en la tierra. La belleza de la naturaleza ya no la inspira y solo encuentra consuelo a sus penas en la noche, en las estrellas.

El soneto «Esther» publicado en el tercer número<sup>7</sup> está firmado también con el seudónimo Delisa. Aborda la temática del amor sublime, irreflexivo y manifiesta a la mujer subyugada a los pies del hombre para pedir la libertad de los suyos, como muestra la primera estrofa: «Del monarca á los pies arrodillada/Bañado en llanto el celestial semblante/Y la mirada tierna, suplicante,/Del amor de Elohim yace inspirada». La raza de Esther ha sido condenada a muerte y pide por su vida al monarca que la mira con ojos de piedad, no solo por su belleza sino también por el amor que siente por ella. Es un poema romántico por la temática y sobre todo

<sup>5</sup> Utilizar seudónimos era una costumbre muy peculiar de los escritores de la época, ya fueran femeninos o masculinos.

<sup>6</sup> Publicación del día 7 de enero de 1855, pp. 6-7.

<sup>7</sup> Publicación del día 21 de enero de 1855, p. 81.

por la manera de enfocar el tema de la libertad. Esther es capaz de pedir y sacrificarse por su propia raza, pero no es hasta el final del segundo terceto que nos enteramos de que la raza a la cual se refiere es judía: «*Depone el gesto y ademán severo.../Y burlando de Aman la tiranía/Salva a su pueblo la inmortal judía*». La autora utiliza palabras clave que califican y exaltan al sujeto lírico como: celestial semblante, mirada tierna, Esther bella, hermosa e inmortal, referidas a sus características espirituales y físicas que hacen de ella un ser especial.

El 22 de abril de 1855 en la sección de poesías aparece publicado otro poema de la autora, esta vez firmado con su nombre y cuyo título es significativo «A...», escrito según consta al final del texto, el 5 de abril de 1855. Trabaja el tema de la sabiduría, el ingenio, la inteligencia como un camino a seguir ante la realidad quejumbrosa que la rodea, recuérdese en «Razones de una poetisa» donde Adelaida expone que nada le impide a la mujer cultivar el genio aun cuando debe cumplir con las labores impuestas por la sociedad. Manifiesta el deseo del sujeto lírico de vivir en un mundo mejor, así lo reflejan los versos: «*Anhela su alma otra región más bella/...Otro mundo mejor su alma reclama/Y a su mente otro mundo se le ofrece*». A quien se refiere la autora en estos versos no acepta su entorno, entonces lucha o se evade; el romántico se siente cautivo, se lanza a la búsqueda de su mundo interior y surge así otra concepción de la realidad, relacionada esta vez con Dios y la religión: «*Y la mirada hasta su Dios levanta/La religión purísima la alcanza/Y a ella dirige su animosa huella/En su frente el saber la luz destella/De inspiración fecunda y sacrosanta...*» Los dos últimos versos son el cierre extraordinario en el cual el sujeto lírico interactúa con el lector: «*Habita de este mundo en el proscenio/¿Y no sabéis quien es! ... ese es el genio*».

El amor a la patria es uno de los temas más recurrentes en el romanticismo. El anhelo, la nostalgia del suelo natal, la exaltación de la naturaleza están presentes en el poema «A Cuba», dedicado a una entrañable amiga. Fue escrito en 1853, y firmado con el seudónimo Delisa. El sujeto lírico invita a sus compatriotas a cantar las bellezas infinitas de su patria: «*Venid patriotas y entusiastas vates/Pulsadas ya las resonantes liras,/Y ensalsad en dulcísimas trovadas/De Cuba las bellezas infinitas*». Manifiesta además cuánto la admira y adora, la llama «*perla preciosa y bendecida*», «*mansión gloriosa, mágica y risueña*», capaz de

inspirar la fantasía; la personifica cuando expresa: «*Del Ser Supremo predilecta hija... bondadosa, sensible, dulce amiga*». En la poesía se manifiesta todo lo que provoca nuestra Isla ante la espléndida e inigualable naturaleza: «*¿Y quién al ver su zafirino cielo/No siente el alma de emoción henchida?/¿Quién al mirar sus valles y sus flores/Y sus ángeles puros, no se inspira?*»

La asociación del paisaje, la naturaleza o el medio que rodea al poeta, con los sentimientos y estados de ánimo se hacen notables en los siguientes versos: «*Pero también al verte dulce Cuba,/Un sentimiento oprime el alma mía/Triste mas triste que el oscuro velo/Que de la noche anuncia la venida...*» Es una poesía que nace del corazón, donde brota como una fuente necesaria el ideal humano y el sentimiento de la naturaleza: «*Tú con afecto celestial y puro/Embellesces las horas de mi vida,/Cuando te digo con sincero labio/Cuánto mi puro corazón abriga*». De igual manera el uso del pronombre **mi** responde a un anhelo de autoafirmación. La personificación se hace latente en la penúltima estrofa cuando nos damos cuenta de que la amiga a la cual está dedicado el poema es propiamente Cuba, considerándola una doncella e invitándola a cantar juntas sus propias glorias y bellezas: «*Ven hacia mi doncella de mi patria/Y ambas cantemos de entusiasmo henchidas/De esta tierra de América Señora/Las glorias y bellezas infinitas*». La presencia de Dios y su poder para dar la vida, así como el sentido agradecimiento por tanta dicha se manifiestan en la última cuarteta: «*Bajo su cielo transparente, puro/Le plugo al Hacedor darnos la vida,/Al cielo, pues, ardientes elevemos /Sentidas preces por su eterna dicha*».

La actitud religiosa del romántico responde a su sensibilidad. Anhela comunicarse con Dios sin aspirar, por supuesto, a la unión mística. Cree en su existencia y lo invoca con fervor, agradece infinitamente la obra de su creación, su grandeza, su poder, su amor. Esto puede verse no solo en el poema «Dios», escrito en noviembre de 1853, sino también en toda la poesía rescatada de la autora en esta publicación periódica.

El sujeto lírico reconoce desde la segunda estrofa del poema la grandeza de Dios al crear la belleza de los verdes campos, los diferentes matices de las flores y la exuberante naturaleza: «*Y si del sol a los ardientes rayos/Brotan los campos eternal verdura/Las flores lucen sus matices raros /Y radiante se muestra la natura./Me arrodillo á admirar tanta belleza/Y de Dios reconozco la*

*grandeza*». Dios es un sentimiento, a veces se endiosa y otras se entrega con total sumisión al Ser Divino e implora protección para que trace nuevo rumbo en el camino de la vida. En este poema cada estrofa termina haciendo referencia a Dios y reconoce su poderío, su ternura y cómo solamente Él es capaz de crear tanta hermosura: «*Acato de mi Dios el poderío.../Yo de mi Dios bendigo la ternura.../Que es quien lo bello en la natura imprime/Yo reconozco tu bondad Dios mío,/Y doblo la rodilla ante este bello /Cuadro, que de tu amor y poderío/Es solo un leve fúlgido destello /E inclino humildemente la cabeza/Al admirar tu celestial grandeza*».

El poema «*Recuerdos de la infancia*», dedicado a su amiga la señorita doña Elisa Zapatero, es un canto a la amistad, donde el sujeto lírico recuerda con nostalgia cuando eran niñas y todo lo que compartían juntas, así lo reflejan los siguientes versos: «*¡Cuan grato es recordar amiga mía/Nuestra dichosa infancia,/Recuerdos, frase llena de poesía,/Manantial de fragancia/Que ahora embellece la existencia mía*». Está presente la naturaleza como en casi todos los poemas de la autora, así como Dios, que todo lo bendice, en este caso su amistad con Elisa: «*¡Oh! Yo bendigo ese sublime afecto,/Celeste emanación de simpatía,/Pensamiento de Dios el mas perfecto,/Mirada de María,/Pura amistad, del querubín sonrisa,/Que en deliciosa calma/De las nuestras formó tan solo un alma/En nuestra infancia candorosa Elisa*». La comparación de su amiga y ella con dos blancas azucenas desde los primeros versos es un símbolo de pureza que se intensifica cuando las compara con un lirio blanco y la recurrencia de los vocablos pura, blancura: «*También al lirio de sin par blancura/Que la desplegar en su primer mañana/Su corola tan pura/Cruel lo tronchó la tempestad insana;/Anita! bella hermana,/Mirarla me parece entre las nubes/En el coro celeste de querubes*». El culto a la amistad se revela en los últimos versos: «*Y mientras llega ese día/Realidad de mis sueños de oro y rosa./Las dos, amiga mía, /Daremos culto a la Deidad hermosa/Que su luz nos derrama/Y que en el mundo “La Amistad” se llama*».

Imágenes de vívida naturaleza, donde se realza lo autóctono, lo nacional, que se manifiesta frecuentemente en los poemas de Adelaida del Mármol; la noche, la luna, las estrellas, el cielo, el paisaje, las flores, la soledad, el peso de la vida. La presencia de Dios es recurrente y su constante comunicación

con Él, su completo agradecimiento por las cosas bellas y buenas de la vida, así como una vía de encontrar refugio y consuelo ante las penas. Aborda temáticas propias del romanticismo como el amor a la patria, a Dios, a la vida, la presencia de la muerte, la inteligencia, el ingenio, la amistad. Hagámosle gala a esta poetisa sacando su poesía del olvido, de periódicos empolvados, raídos por lo inevitable del tiempo, y rindamos merecido tributo a quien supo enfrentarse con arrojo a los prejuicios de su época. Dedicuémosle, como bien dijera Ernesto Chávez,<sup>8</sup> esta importante labor a las mujeres que soñaron con ser poetas, a las que lo consiguieron, a las desconocidas, a las olvidadas.

**Poesías de Adelaida del Mármol rescatadas del *Semanario Cubano***

«A la adorada memoria de mi padre»  
(publicado el 7 de enero de 1855, pp. 6-7)

Há largo tiempo que en tus cuerdas, lira  
La paz no busca mi sensible pecho,  
Que de un ciprés ¡oh fúnebre memoria!  
Yaces colgada.

Del árbol ¡ay! Que con sus verdes ramas  
La tumba cubre de mi padre amado,  
El que en la tierra de virtud sublime  
Fuera un modelo.

Como se oculta en occidente Febo  
Huellas dejando de su noble paso,  
Así mi padre de sus hechos dignos,  
Deja memoria.

Memorias tiernas que grabadas yacen  
En lo profundo de las nobles almas  
Pues ellas siempre venerar supieron  
Al hombre justo.

<sup>8</sup> Félix Ernesto Chávez López: «La claridad en el abismo. La construcción del sujeto romántico en la poesía de Luisa Pérez de Zambrana», tesis en opción al grado científico de doctor en Ciencias, 2012.



Mi padre ¡ay Dios! Mi desdichado padre  
¡Cuanto me es dulce pronunciar su nombre!  
¡Y cuantas vierto a su recuerdo santo  
Lágrimas puras!

Tú sabes bien, mi lira que en tus cuerdas  
Creyendo a veces encontrar la calma,  
Cantar quisiera, más el llanto entonces  
Nubla mis ojos.

La voz del ave que gozosa canta  
Al esplendor el manantial lucero,  
Ya no me inspira como en otros días  
Cántico suave.

Ni del arroyo el murmurar sonoro,  
Ni de la luna el vacilante rayo,  
Ni de la flor el perfumado broche...  
¡Nada me mueve!

Y solo encuentro á mi penar consuelo  
Cuando la «noche del dolor amiga»,  
Su negro manto sobre el mundo vasto  
Tiende callada:

Y ruborosa como virgen casta  
Su faz asoma la plateada estrella,  
Sobre la tierra con amor lanzando  
Vivos reflejos.

En esa hora de misterio augusto  
Dirijo al cielo los dolientes ojos,  
Y el alma allí de mi adorado padre,  
Ver imagino.

Y a mi memoria los recuerdos vienen  
De aquellos días que a su dulce lado  
Pase en el campo, de su boca...  
Máximas...<sup>9</sup>

<sup>9</sup> No se entiende el final de estos versos pues la publicación estaba muy deteriorada.

Tu padre mío, que en la altura moras,  
Ya que en la tierra con ardor me amaste  
Dirige a mí tu paternal mirada  
¡No me abandones!

Y tú, Señor, que el universo riges,  
Alivia un tanto mi dolor intenso  
Dándole al padre que adoré en la tierra  
Premio debido.

Delisa

«Esther»

(publicado el 28 de enero de 1855, p. 81)

Del monarca á los pies arrodillada  
Bañado en llanto el celestial semblante,  
Y la mirada tierna, suplicante,  
Del amor de Elohim yace inspirada.

Á proscricion y muerte condenada  
Está su raza por Aman triunfante,  
Mas Esther bella, al soberano amante.  
La vida pide de su raza amada.

La luz de la piedad brilla en su frente,  
Y así admirarla tan hermosa Asuero  
De amor el fuego generoso siente,

Depone el gesto y ademán severo...  
Y burlando de Aman la tiranía  
Salva a su pueblo la inmortal judía.

Delisa

«A...»

(publicado el 22 de abril de 1855, p. 126)

Anhela su alma otra región más bella  
Y la mirada hasta su dios levanta  
La religión purísima la alcanza  
Y a ella dirige su animosa huella  
En su frente el saber la luz destella

De inspiración fecunda y sacrosanta  
A lo sublime con fervor le canta  
Y ese canto su ventura sella.

Ora es feliz, ora languidece  
Otro mundo mejor su alma reclama  
Y a su mente otro mundo se le ofrece,  
La tristeza su llanto en él derrama  
Habita de este mundo en el proscenio  
¿Y no sabéis quien es! ... ese es el genio.

Adelaida del Mármol

«A Cuba»

(publicado el 6 de mayo de 1853, p. 143)  
(Dedicado a una amiga)

Venid patriotas y entusiastas vates  
Pulsadas ya las resonantes liras,  
Y ensalsad en dulcísimas trovadas  
De Cuba las bellezas infinitas.

Que nunca tanto ¡oh vates! lamentara  
La humilde condición del alma mía  
Como en esos instantes venturosos  
en que mis ojos a la patria admiran.

Con santo amor mi corazón adora,  
A esa perla preciosa y bendecida,  
Que en el mar de Occidente se levanta  
Inspirando á la ardiente fantasía.

¡Mansión gloriosa, mágica y risueña!  
Del Ser Supremo predilecta hija...  
¡Feliz aquel que de su Cauto undoso  
Vio la luz en las fértiles orillas!

¿Y quien al ver su zafirino cielo  
No siente el alma de emoción henchida?  
¿Quién al mirar sus valles y sus flores  
Y sus ángeles puros, no se inspira?

Pero también al verte dulce Cuba,

Un sentimiento oprime el alma mía  
Triste mas triste que el oscuro velo  
Que de la noche anuncia la venida...

Tu que mi tierno corazón comprendes  
Bondadosa, sensible, dulce amiga,  
Acoge el débil pero digno canto  
Que te consagra mi inacorde lira.

Tu con afecto celestial y puro  
Embelleces las horas de mi vida,  
Cuando te digo con sincero labio  
Cuanto mi puro corazón abriga.

Ven hacia mi doncella de mi patria  
Y ambas cantemos de entusiasmo henchidas  
De esta tierra de América Señora  
Las glorias y bellezas infinitas.

Bajo su cielo transparente, puro  
Le plugo al Hacedor darnos la vida,  
Al cielo, pues, ardientes elevemos  
Sentidas preces por su eterna dicha.

Delisa

«Dios»

(publicado el 13 de mayo de 1855, p. 150)

Si entre nubes de Rosa y de zafiro  
Con blondas nacaradas y de plata  
A Omar en Oriente el alba miro  
Mi corazón de gozo se dilata  
Y esclamo con fervor ahí se divisa  
De nuestro Dios la paternal sonrisa.

Y si del sol a los ardientes rayos  
Brotan los campos eternal verdura  
Las flores lucen sus matices raros  
Y radiante se muestra la natura.  
Me arrodillo á admirar tanta belleza  
Y de Dios reconozco la grandeza.

Ruje la tempestad en tarde oscura  
Erguidos bosques la cabeza inclinan  
Reina en la creación mortal tristura  
Mil serpientes de fuego la iluminan  
Y al contemplar un cuadro tan sombrío  
Acato de mi Dios el poderío.

Luce serena en noche deliciosa  
La reina de los astros soberana.  
La tierra adormecida y silenciosa  
Suave perfume embriagador emana,  
E inspirada al mirar tal hermosura,  
Yo de mi Dios bendigo la ternura.

La amo ola suave indefinible  
Que en la tranquila soledad desprende  
Naturaleza bella y apacible,  
esa armonía que los aires hiende  
es el acento de Dios sublime  
*«Que es quien lo bello en la natura imprime»*

Yo reconozco tu bondad Dios mío,  
Y doblo la rodilla ante este bello  
Cuadro, que de tu amor y poderío  
Es solo un leve fúlgido destello  
E inclino humildemente la cabeza  
Al admirar tu celestial grandeza.

Adelaida del Mármol

«Recuerdos de la infancia»  
(publicado el 27 de mayo de 1855, p. 166)  
A mi amiga la Srita doña Elisa Zapatero

Esa edad á do yo leda  
En sus alas amorosas  
Hice mis sueños de seda  
y mis recuerdos de rosa.  
¿Ves Elisa ese cielo transparente,  
Dó cruzan nubecillas silenciosas  
Y leves, vaporosas,

Unas veloces, otras lentamente?  
Pues ese cielo, Elisa,  
Es mi tranquila y placida existencia  
Do el recuerdo de infancia y de inocencia  
Cual nube se desliza.

¿No viste entre mil flores  
Que en los pensiles deliciosas crecen  
Do brillantes colores  
Y sus aromas á la brisa ofrecen,  
Dos blancas azucenas  
Que del alba á la luz risueña y pura  
En mismo tallo las formó natura  
Y abrázanse serenas?

Pues es, amiga mía,  
La azucena que ves en los pensiles.  
Tu imagen y la mía  
Que en sus tiernos abriles  
Un sentimiento de divina esencia  
Uniólas en su cándida ecsistencia.

¡Oh! Yo bendigo ese sublime afecto,  
Celeste emanación de simpatía,  
Pensamiento de Dios el más perfecto,  
Mirada de María,  
Pura amistad, del querubín sonrisa,  
Que en deliciosa calma  
De las nuestras formó tan solo un alma  
En nuestra infancia candorosa Elisa.

¿De aquella edad tan pura  
Grato preludio de armoniosa lira  
En que bajo mil prismas de ventura  
Encantado se mira  
Un porvenir dulcísimo y risueño,  
No recuerdas las horas  
Que deslizarse vimos como un sueño  
Gratas de encantadoras?

¿Y aquel sol, hermosísimo tesoro

Que aun me parece que á mi vista brilla  
Con sus rayos riquísimos de oro  
Iluminando la preciosa villa?  
¿Y aquel radiante cielo  
Que sobre nuestras frentes se extendía  
De azul y plata transparente velo  
Reflejado en la límpida bahía?

¿A qué vista no admira  
La luz del sol en diamantina agua.  
A que mente no inspira  
La bahía bellísima de Jagua?  
Ahí descubren las olas azulosas  
Mil doradas arenas,  
Sus márgenes hermosas  
Siempre limpias se ven, siempre serenas.

¿Recuerdas, bella Elisa, tu morada  
Aquel grandioso y sólido edificio  
Do unidas y elevando la mirada  
Al cielo contemplábamos propicio?  
¿Cuándo absortas del mar a las orillas  
Abrazadas y solas,  
Veíamos deslizarse las barquillas  
En las plateadas y espumosas olas?

¡Cuan grato es recordar amiga mía  
Nuestra dichosa infancia,  
*Recuerdos*, frase llena de poesía,  
Manantial de fragancia  
Que ahora embellece la existencia mía!

Cuando el destino, Elisa,  
Halagando el deseo de mi alma,  
Por los mares en alas de la brisa  
A esa villa nos lleven en grata calma,  
Allí en esos lugares  
Do el cielo nos hiciera tan dichosas  
Elevaré mis sinceros cantares  
A las playas de Jagua deliciosas  
Y á sus bellos poéticos palmares.

Y en la mansión sombría del misterio  
En noche tierna que la luna brilla  
En su mudo y tranquilo cementerio  
Doblare con respeto la rodilla,  
Y una tierna plegaria  
A un ser que allí reposa  
Elevaré desde su yerta losa  
Colocando una triste pasionaria.

Es á ti, padre mío, que elocuente  
Desde el divino cielo  
Estiendes con anhelo  
Tu bendición sobre mi jóven frente  
Y dulce y tiernamente  
Creo en mi contemplar tu vista fija  
Y esta será la elegida de tu hija.

También al lirio de sin par blancura  
Que la desplegar en su primer mañana  
Su corola tan pura  
Cruel lo tronchó la tempestad insana.  
¡Anita! bella hermana,  
Mirarla me parece entre las nubes  
En el coro celeste de querubes.

Y acaso olvidarte en esos momentos  
A aquel por quien mi lira  
Tiernamente se inspira  
Y escala sus mas dúlcidos acentos,  
A Emilio que allí mora!  
¡Oh! no, querida Elisa,  
Para él mi alma atesora  
Su más grata sonrisa.

Y mientras llega ese día  
Realidad de mis sueños de oro y rosa.  
Las dos, amiga mía,  
Daremos culto a la Deidad hermosa  
Que su luz nos derrama  
Y que en el mundo «La Amistad» se llama.



### **Bibliografía**

- ESTRADA, LEÓN: *Diccionario de escritores santiagueros*, Ediciones Santiago, Santiago de Cuba, 2005.
- FIGAROLA, DOMINGO: *Diccionario cubano de seudónimos*, Imprenta Siglo XX, La Habana, 1922.
- INSTITUTO DE LITERATURA Y LINGÜÍSTICA: *Diccionario de la literatura cubana*, tt. I y II, Editorial Letras Cubanas, La Habana, 1980.
- MERIÑO FUENTES, MARÍA DE LOS ÁNGELES Y CARLOS RAFAEL FLEITAS SALAZAR: «Catálogo hemerográfico de Santiago de Cuba en el siglo XIX», en *Contrastes, Revista de Historia*, (7-8), 1991-1993.
- PORTUONDO, JOSÉ ANTONIO: *Bosquejo histórico de las letras cubanas*, Ministerio de Relaciones Exteriores, La Habana, 1960.

### **Catálogo hemerográfico**

*Semanario Cubano*, Imprenta de la viuda e hijos de Espinal, 5 de enero de 1855-24 de junio de 1855.



Adelaida del Mármol